SEGUNDA PARTE

VIDA PUBLICA DEL SALVADOR

I.–El último de los profetas

Los antiguos profetas habían dicho al pueblo de Israel: "Vendrá el Libertador del pueblo... Vendrá"; pero Juan, el Bautista, el último de los profetas, que vivía en el desierto del Jordán sin nada más que una piel de camello para cubrirse y un cinturón de cuero, y que se alimentaba con langostas y miel silvestre –figura a propósito para conmover a las muchedumbres–, no decía: Vendrá..., sino "está cerca..., ya viene..., preparad el camino del Señor... En medio de vosotros hay uno a quien no conocéis... Haced penitencia, esto es, cambiad de vues-

tra manera de pensar: pasad de la avaricia a la limosna, del placer a la pureza, del pecado a la santidad".

Con esta predicación juntaba un rito sagrado, el bautismo, que le valió el sobrenombre glorioso de

el Bautista, lavatorio exterior que excitaba en las almas el deseo de una purificación moral... La fama de este profeta se extiende por toda Palestina y vivientes oleadas de peregrinos invaden las orillas del Jordán: fariseos, saduceos sensuales, mujeres pecadoras, honrados labriegos... todos confiesan sus pecados y recibían en las aguas del río el bautismo de Juan. Así preparaban las almas para el que se acercaba, o sea, los caminos del Señor, moviéndose todos a practicar las virtudes de caridad y de justicia...

Por aquellos días, Jesús, el obrero de Nazaret, recoge sus herramientas de trabajo, deja la casa paterna y toma el camino del Jordán –donde Juan predicaba y bautizaba– para ser bautizado por él.

Jesús era santo, inocente, puro, no necesitaba bautizarse, pero lo hizo para dar ejemplo a todos.

Hasta ahora todos le llaman Jesús, el hijo del carpintero. Juan le señalará con el dedo, diciendo: *Ese es el que quita los pecados del mundo.* Y todos empezarán a llamarle el Maestro, el Señor.

Ha llegado su hora, y sale a iluminar. Es la luz del mundo.

El obrero nazareno cuenta a la sazón treinta años de edad. Los treinta los ha pasado en el retiro de Nazaret. Se va a dar a manifestar al mundo. Su vida pública durará tres años. El velo que oculta su naturaleza va a descorrerse; su misión divina va a ser revelada.

II.—Inicia su vida pública

Jesús se dispone a comenzar la vida pública con un ayuno riguroso de cuarenta días y cuarenta noches, y con una oración intensa.

Satanás, el primer rebelado contra Dios, admira a Jesús, a ese obrero santo venido a Nazaret, de tanta abstinencia, entregado a la oración, y quiere derrotarle y a este fin le tienta por tres veces: de gula, de soberbia y de ambición.

A la primera tentación de gula, Jesús le contesta: *"No sólo de pan* (material) *vive el hombre, sino de toda la palabra de Dios.* Y a las otras dos de soberbia y ambición le opuso las palabras de la Escritura Santa, de la que dijo que "ni una jota o tilde de ella quedaría sin cumplirse", y en ella también estaba

escrito: *"No tentarás al Señor tu Dios, le adorarás y a El sólo servirás".* Satanas fracasó en su intento, y vencido y humillado huyó de la presencia de Jesús victorioso. Jesús quiso ser tentado para que aprendamos nosotros a vencer y a triunfar de las tentaciones.

Preparado así Jesús para el apostolado con el retiro y el trato con Dios, su Padre celestial, se dispone ya a hablar a los hombres, de Dios, de otra vida eterna y feliz libre de miserias y de penalidades. Les habla del Cielo y de la manera de conquistarlo...

El, el obrero de Nazaret, el de elevados ideales que con su ejemplo nos enseña el amor al trabajo y la manera de dignificarle, quiere que los hombres eleven sus miradas al Cielo, quiere que trabajen no sólo físicamente, sino también *sobrenaturalmente* cumpliendo su doctrina y purificando sus almas con su gracia divina para obtener la vida eterna que les predicaba.

El es "el que quita los pecados del mundo", El, el que llama en pos de sí a varios discípulos para revestirlos un día de sus mismos poderes y darles también el de perdonar los pecados a otros en su nombre. Los que eligió para su obra evangelizadora eran pescadores pobres, obreros que apenas sabían leer ni se distinguían entre sus compañeros. Ellos son los escogidos para fundar un Reino, que se ha de extender a todo el mundo, para que así nadie pueda atribuir a su ciencia ni a sus riquezas la ex-

tensión de este Reino, sino al poder y virtud de su único y principal Fundador: el Obrero de Nazaret.

De entre sus muchos discípulos eligió, como luego diremos, a doce que llamó apóstoles. Estos son los que habían de continuar, con idénticos poderes, su misión de salvar las almas hasta el fin del mundo en su persona y en la de sus sucesores (hoy los Obispos y los sacerdotes). Y ellos todos han de ser los verdaderos portadores del Mensaje de Jesús, quien nos reclama el trabajar a todos por un mundo mejor, conforme a sus sublimes ideales que no son precisamente de riqueza y comodidades, sino un mundo donde se *busque primero el Reino de Dios y su justicia, que las demás cosas las regalará Él por añadidura.*

III.—Sus viajes apostólicos

En compañía de sus discípulos iba Jesús, el obrero de Nazaret, recorriendo las ciudades y aldeas de Palestina.

El pretende demostrar ante sus discípulos y ante el mundo entero que El es el Enviado de Dios, el verdadero Maestro, el que viene a salvar a los pecadores, a consolar a los afligidos, a dar la verdadera vida de la gracia a las almas, el Salvador de todos...

Su predicación por las ciudades y pueblos que recorre y sus milagros, delimitan la vida oscura que ha llevado durante treinta años y la vida pública que va a comenzar.

A su paso por Caná de Galilea, donde asiste a

unas bodas invitado con sus discípulos, hace su primer milagro a ruegos de su Madre con el fin de evitar el sonrojo de los novios ante los convidados, convirtiendo unos cántaros que mandó llenar de agua en vino excelente, y así "manifestó su gloria y sus discípulos creyeron en El".

A su alrededor se forma una aureola de admiración y cariño popular.

El quiere después que sea en Jerusalén, en la capital de Judea, en la ciudad santa de David, su primera actuación pública como enviado de Dios. Al subir a esta ciudad encontró en el Templo y en sus pórticos gentes que vendían bueyes y ovejas y palomas, y cambistas en sus mesas, y habiendo formado de cuerdas como un azote, los echó a todos del Templo diciéndoles: *"No queráis hacer de la casa de mi Padre una casa de tráfico..."* Mas los judíos se dirigieron a El, y le preguntaron: ¿Qué señas nos das de tu autoridad para hacer estas cosas? Respondióles Jesús: *Destruid este templo y yo en tres días lo reedificaré.* Los judíos le dijeron: cuarenta y seis años se han gastado en la edificación de este templo, ¿y tú lo has de levantar en tres días? Mas El les hablaba del templo de su cuerpo.

Templo es el cuerpo de todo hombre que vive en amistad con su Dios. Templo vivo donde el Altísimo tiene su morada y sus complacencias: ¡cuánto mejor se puede llamar templo aquel cuerpo de Jesús, que no sólo es una morada de Dios, sino que es Cuerpo del mismo Hijo de Dios!

Y esta es la prueba suprema que da Jesús en confirmación de su divina misión al mundo: *–Destruid este templo* –matadme– *y Yo lo reedificaré en tres días* –resucitaré–. Y ellos no lo entienden. No lo quieren entender, porque se les ha prohibido los negocios sacrílegos; mas cuando hubo resucitado de entre los muertos, sus discípulos hicieron memoria de lo que dijo por esto, y creyeron a la Escritura y a la palabra de Jesús.

Los judíos se contentaron aquel día con hacerle una pregunta. A lo largo de sus tres años de vida pública, irá creciendo su rencor y su ceguera. En cambio el pueblo de Jerusalén vió con agrado el gesto del Señor, "y muchos creyeron en su nombre viendo los milagros que hacía". Pero –añade con honda melancolía el Evangelista– el Maestro no se fiaba de ellos, porque los conocía bien y sabía lo que hay en el hombre...

IV.—Camina a Cafarnaúm

Cafarnaúm se halla al noroeste, junto a las orillas del lago de Genesaret o Tiberiades. "Dejando Jesús la ciudad de Nazaret, dice San Mateo, fue a vivir a la ciudad marítima de Cafarnaúm... El pueblo que estaba en tinieblas ha visto una luz grande". Esta luz era el mismo Jesús que ilumina a todo hombre que viene a este mundo; era su palabra, el Mensaje que El anunciaba...

Esta ciudad, en tiempo de Jesús, era de gran cultura industrial y comercial... tenía su aduana, su comercio floreciente, su sinagoga. ¡Hermoso centro para difundir El su doctrina y sus milagros! Así como Nazaret había sido la ciudad más a propósito para el retiro de la vida privada, por lo oculta que se halla entre montes y apartada de las grandes vías

de comunicación; así Cafarnaúm, por el contrario, era la más apropiada para la actividad de su vida misionera.

Poco antes pasó Jesús por el camino estrecho y polvoriento de Siquén. Era la hora sexta (el mediodía) cuando Jesús llegó al pozo de Jacob, que había sido una bendición para los caminantes. Jesús parecía cansado del camino. Con aire de fatiga se sentó en el brocal. Al poco rato aparece una mujer samaritana con un cántaro vacío en la mano, que viene a sacar agua.

Jesús la dijo: *Dame de beber.* Sorprendida la mujer, le dice: ¿Cómo tú siendo judío me pides de beber a mí, que soy samaritana? Los judíos no tienen trato con nosotros. (Jn. 4).

"Si tú conocieras el don de Dios y quién es el que te dice: dame de beber, de cierto que tú le pedirías a El, y El te daría agua viva". Hablaba Jesús del agua de la gracia, de su doctrina..., pero aquella alma adormecida en el pecado no comprendía, mas cuando le declara su vida pecaminosa y le recuerda sus faltas secretas... y se le da a conocer como Mesías, aquella mujer, aquella oveja descarriada siente deseos del *agua viva*... y se convierte y se hace apóstol en su pueblo diciendo a todos: *"Venid y veréis a un hombre que me ha dicho todo cuanto yo he hecho, ¿no será éste el Cristo o Mesías?"* Y fueron a verle, y luego ellos mismos decían: *"Ya no creemos por lo que tú has dicho, pues nosotros mismos lo hemos oído, y hemos conocido que éste*

es el Salvador del mundo.

Continúa Jesús su camino y por doquier le rodean multitudes, y a todos predicaba con sencillez diciéndoles: *"Ha llegado el tiempo; se aproxima el Reino de Dios. Haced penitencia y creed el Evangelio".* En esto, un oficial de la corte de Herodes, habiendo oído que Jesús venía de Judea, le sale al encuentro para decirle que tiene un hijo enfermo a quien la fiebre le devoraba. Le oprimía la tristeza, y ante dolor tan grande, Jesús se conmovió y lo curó a distancia diciéndole: Anda, vuélvete a tu casa, porque tu hijo está bueno. El oficial aquel, sin dudar de las palabras del Salvador, partió para Cafarnaúm, y al llegar a su casa encontró a su hijo que había quedado sano a la hora que Jesús le dijo. Y creyó él y toda su casa.

"La fama de Jesús se divulgaba por toda la región". "Enseñaba en las sinagogas de ellos y era aclamado por todos". "Las gentes se agolpaban alrededor de El ansiosas de oír la palabra de Dios..." En esto vió junto al lago dos barcas, cuyos pescadores habían bajado, y estaban lavando las redes. Subido a una de ellas y desviándola un poco de tierra, para que la turba no le oprimiese, desde ella, como desde un púlpito improvisado, hablaba a numeroso público...

¡Con qué avidez le seguían y escuchaban! "Acabada la plática, dijo a Simón: Guía mar adentro, y echad vuestras redes para pescar. Le respondió Simón: *Maestro, toda la noche hemos estado fati-*

gándonos y nada hemos cogido; mas confiando en tu palabra echaré la red. Y habiéndolo hecho, recogieron tal cantidad de peces, que la red se rompía. Por lo que hicieron señal a los compañeros de la otra barca para que viniesen y los ayudasen..." Ante esta pesca milagrosa, Simón Pedro, asombrado, se arrojó a los pies de Jesús diciéndole: *"Retírate de mí, que soy hombre pecador..." No temas, le dijo Jesús, en adelante serás pescador de hombres* Lc. 5).

Jesús pasa haciendo bien por todas partes. Las turbas le buscaban, y todos los que tenían enfermos de diversas enfermedades se los traían, y El, poniendo las manos sobre cada uno de ellos, los sanaba a todos. Y así iba Jesús recorriendo toda la Galilea, enseñando en sus sinagogas y predicando el alegre mensaje del reino y sanando toda dolencia

y toda enfermedad en los del pueblo, y lanzando a los demonios. E íbale siguiendo una gran muchedumbre de gente de todas partes. Así quedó cumplido lo que había dicho el Profeta Isaías: *"El tomó nuestras enfermedades, y cargó sobre sí nuestras dolencias"*. (Is. 53,4)

Jesucristo es nuestro verdadero libertador (Véase "Apéndice")

V.–Regresa a Nazaret

A pie, de pueblo en pueblo, iba Jesús por tierras de Galilea. Su predicación ofrecía un carácter francamente popular. Los pobres, los pequeñuelos, los desgraciados, los pecadores, acercábanse a El sin temor, atraídos por su mansedumbre y su bondad. Derramaba beneficios sin cuento y hacía milagros portentosos. Para su predicación elegía con frecuencia la sinagoga, donde el pueblo se reunía los sábados.

Jesús, por impulso del Espíritu Santo, retornó a Galilea, y corrió luego la fama por toda la comarca.

Habiendo ido a Nazaret, donde se había criado, entró, según costumbre, el día de sábado en la sinagoga.

La vuelta de Jesús, el antiguo carpintero, a Naza-

ret, debió producir una extraña impresión entre sus paisanos, los cuales estaban desconcertados y confusos por las noticias increíbles que les habían llegado de sus milagros. Aquel sábado había un lleno en la sinagoga. Jesús se hallaba sentado humildemente en uno de los bancos que ocupaban el pueblo. El rabino o doctor de la ley leyó un trozo del profeta Isaías, y después, dirigiéndose a los presentes, les dijo: "Hermanos, ¿hay entre vosotros alguno que se atreva a interpretar este pasaje de la Sagrada Escritura?" Jesús se levantó a leerlo y a interpretarlo, y todo el mundo, puestos en él los ojos, quedó admirado de que un hijo, digámoslo así, o un obrero, hijo de otro obrero, o sea de San José, sin ser doctor, ni haber estudiado, se levantase a interpretar las Sagradas Escrituras.

El pasaje del profeta era éste: *"El espíritu del Señor está sobre mí, porque El me ha ungido.* El me ha enviado a evangelizar a los pobres, a curar a los que tienen el corazón contrito, a anunciar la libertad a los cautivos y dar a los ciegos la vista, a soltar a los que están oprimidos, a promulgar el *año de gracia del Señor* y el día de la recompensa" (Is. 61,1 ss.)

Terminada la lectura y arrollado el libro, Jesús se sentó. La expectación fue grande. Comenzó explicándoles este pasaje de la Escritura y vino a decirles: *"Esto que acabáis de oír se cumple hoy en Mí".* (Lc. 4,21)

Admirados los judíos de aquel derecho que se

atribuía, de aquella sabiduría y poder de taumaturgo, se decían: "¿No es éste Jesús, el hijo del carpintero?" ¿De dónde le viene a éste tal doctrina?" Mas al fin del discurso, los fariseos, heridos en su orgullo y envidiosos de su gloria, lo consideraron como blasfemo y quisieron arrojarlo fuera...

La oposición se iba acentuando. Jesús penetró sus dudas, y les salió al encuentro:

–Vosotros me aplicáis aquel proverbio: "Médico, cúrate a ti mismo". Todas las grandes cosas que hemos oído que has hecho en Cafarnaúm, hazlas también aquí en tu patria... Mas, en verdad os digo: *Ningún profeta es bien recibido en su patria.*

Les propuso a continuación unos ejemplos, y los oyentes comprendieron en seguida su alcance. Jesús los juzgaba indignos de ser testigos de sus maravillas, los posponía a los gentiles, no le turbaban sus desprecios. Ellos, ultrajados en su orgullo, lo arrojaron de la sinagoga y en medio de gritos e imprecaciones, fueron empujándolo hasta una roca de la montaña con ánimo de despeñarle. Y después, nadie supo lo que pasó. El Salvador, sereno, sin apresurarse, pasó por en medio de ellos y magnífico en su soberana dignidad, siguió su camino.

El Maestro bueno se fue para no volver. Nazaret nunca más escucharía de sus labios la santa doctrina de amor y de misericordia infinita.

VI.—El obrero taumaturgo y sus enemigos

Aquella irritación de sus paisanos fue un episodio nada más. Durante estos primeros meses sienten los pueblos tal entusiasmo y admiración crecientes por aquel obrero de Nazaret, que se había convertido en amable Maestro, que ya no podía entrar abiertamente en las ciudades y tenía que andar por parajes desiertos para evitar las aclamaciones ruidosas.

Su fama se extendía cada día más, y acudían a El los pueblos en masa, para oírle y ser curados de sus enfermedades.

Cuando Jesús apareció en público para predicar *la buena nueva*, dos partidos se disputaban la supremacía ante el pueblo judío: *los fariseos y los saduceos.*

¡Los fariseos! Los que se consideraban *separados* (eso significa la palabra *fariseo),* los que se tenían por más justos que los demás y despreciaban a todos, ponían su celo en las observaciones externas, les gustaba exhibirse, orar y dar limosna delante de los demás para recibir alabanzas; se detenían en explicar minucias y ridiculeces de tradiciones...

Los saduceos eran el polo opuesto de los fariseos. Se burlaban de ellos y de sus tradiciones... negaban la espiritualidad y la inmortalidad del alma, y opinaban que el fin supremo del hombre se encontraba en los placeres terrenos.

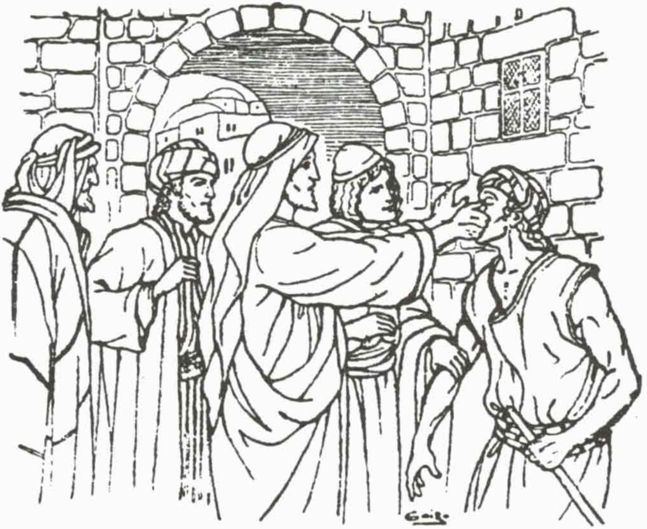
A todos estos los confunde el Señor haciéndoles ver, a los unos, que venían a ser como sepulcros blanqueados poniendo la sola piedad en lo exterior, mientras ocultaban en su interior negros pecados... y a los otros, que el fin supremo del hombre no está en las cosas caducas y pasajeras, sino en la práctica de sus Mandamientos y de las buenas obras que habían de acompañar a nuestras almas inmortales.

Unos y otros miraban con recelo al sencillo obrero de Nazaret. Aquella doctrina inaudita, basada en el perdón y la misericordia, les resultaba incomprensible. ¿Cómo podía hablar así el que se llamaba Mesías? Precisamente ellos le esperaban guerrero y batallador, vencedor terrenal de los gentiles, respirando ensangrentadas venganzas...

Jesús, después de su regreso de Nazaret, entró de nuevo en Cafarnaúm, y como su predicación, los milagros y ascendiente que iba tomando era gran-

de, "Al correrse la voz de que estaba en la casa, acudieron tantos que no cabían ya delante de la puerta. Y ocurrió que El, sentado, les enseñaba. Y estaban también allí sentados fariseos y doctores de la ley, que habían venido de todos los lugares de Galilea y de Judea y de Jerusalén..." Estaban allí observándole, expiándole (Lc. 5,17 ss.)

"Entonces llegaron unos, conduciendo a cierto paralítico que llevaban entre cuatro. Y no pudiendo presentárselo por causa del gentío que estaba alrededor, descubrieron el techo por la parte bajo la cual estaba Jesús, y por su abertura descolgaron la camilla en que yacía el paralítico. Viendo Jesús la fe de aquellos hombres, dijo al paralítico: *–Hijo,*



tus pecados te son perdonados. Al oírle estas palabras aquellos fariseos, decían en su interior: *Este blasfema. ¿Quién puede perdonar pecados sino sólo Dios?* Mas como Jesús penetrase al momento con su espíritu esto mismo que interiormente pensaban, díceles: —¿Qué andáis revolviendo esos pensamientos en vuestros corazones? ¿Qué es más fácil, decir al paralítico: Tus pecados te son perdonados, o decirle: Levántate y anda? *Pues para que sepáis que el Hijo del hombre tiene potestad en la tierra para perdonar pecados: Levántate* (dijo al

paralítico): *Yo te lo digo, coge tu camilla y vete a tu casa".*

La conclusión es evidente. Hizo el milagro. Luego Jesús tiene el poder de Dios, es Dios.

"El curado se levantó al punto y, tomando la camilla en que yacía, a la vista de todos, se fue a su casa dando gracias a Dios; de manera que se maravillaron todos y alababan a Dios, diciendo: *– ¡Jamás tal cosa vimos!"*

El pueblo amaba y seguía aclamando sin cesar a Jesús, pero los fariseos seguían implacables contra El. No perdían ocasión de espiarle.

Jesús vió poco después a un hombre publicano, Levi, llamado Mateo, y le dijo: *"Sígueme;* y el levantándose, lo dejó todo y le siguió. Y le hizo un gran banquete, al que vinieron muchos pecadores y publicanos, y viendo los fariseos que comía con ellos, decían a sus discípulos: ¿Por qué come vuestro Maestro y coméis vosotros con publicanos y pecadores? Y, oyéndolo Jesús, dijo: *–"No tienen los sanos necesidad de médico, sino los enfermos. No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores".* (Lc. 5,31)

Jesús, el sencillo artesano de Nazaret, era amigo de todos, de los pobres, de los miserables, de los pecadores, para ganarlos a todos. Sólo los rígidos fariseos, los de mirada turbia y corazón estrecho, se escandalizan y se apartan del más amigo de los hombres, de aquel que quiere que todos se salven y vengan al conocimiento de la verdad.

VII.—La bondad de Jesús y el odio contra El

Empieza el segundo año de la vida pública de Jesús. Hacia unos diez meses que Jesús no se había dejado ver en Jerusalén. Ahora, con motivo de la Pascua, reapareció de nuevo, sin miedo a sus poderosos adversarios que le aguardaban intrigantes y llenos de prejuicios hostiles.

Desde el principio de su aparición, los jefes religiosos presintieron una amenaza en aquel obrero de Nazaret, que sin estudios aparecía como hombre extraordinario por los nuevos ideales que abrigaba, por su maravilloso poder de hacer milagros y porque penetraba su interior y era sabedor de todos sus pensamientos, ya que con tanta audacia se oponía a sus abusos y desenmascaraba sus hipocresías.

La multitud, herida por el brillo de sus milagros y arrastrada por sus doctrinas luminosas, corría tras El. Su ascendiente sobre las masas era mayor cada día. En realidad, este era su mayor crimen a los ojos de sus antagonistas, acostumbrados a tener al pueblo en un puño y a manejarlo como un juguete. Aquellos fariseos se mostraban envidiosos de su poder y de su gloria, le declaraban fuerte oposición, estaban siempre en acecho para espiarle y sorprenderle.

La ocasión para un nuevo choque que buscaban los representantes de la Ley se presentó pronto. Una prodigiosa curación sirvió de punto de partida a enconadas persecuciones. Tal fue la que nos refiere el Evangelista San Juan, de un pobre hombre tullido, que desde hacía treinta y ocho años se hallaba enfermo, y al verlo Jesús junto a la probática piscina de Jerusalén, conmovido ante los deseos del doliente de ser curado, le dijo: *Levántate, toma tu camilla y anda.* (Jn. 5,8).

Esto lo llevaron a mal los fariseos al ver que el curado llevaba en sábado su camilla a cuestas. La intransigencia farisáica había llevado el descanso sabático hasta las exageraciones más absurdas. En el día santo, según ellos, no estaba permitido el trabajo de alzar el brazo para tomar fruta de un árbol; en caso de accidente, no se podía ajustar un miembro roto o dislocado; no se podía transportar el peso de un albaricoque... Así juzgaban estos espíritus mezquinos.

Jesús halló poco después al que había curado en el templo, y, como El si curaba los cuerpos era sólo para salvar las almas, le dijo: —*"Bien ves cómo has quedado curado, no peques, pues, en adelante, para que no te suceda alguna cosa peor"*. Gozoso aquel hombre, al darse cuenta que era Jesús el que lo había curado, va y se lo dice a los judíos; pero éstos por lo mismo persiguen a Jesús, por cuanto hacía tales cosas en sábado, y no sólo por la violación del sábado, sino porque decía que Dios era Padre propio suyo, haciéndose igual a Dios.

En efecto, Jesús le demuestra que El es Dios, y por lo tanto Dueño y Señor del sábado, que el sábado se hizo por causa del hombre y no el hombre por el sábado, y que si no creen en sus afirmaciones de que es Dios, al menos que crean en sus milagros y en sus obras, que todas ellas dan de El testimonio de su divinidad.

Mas los judíos con mayor empeño andaban tramando el quitarle la vida. Saben que Jesús regresa a Galilea y allí van de nuevo los fariseos hipócritas para expiarle y como quedan vencidos, conciben el propósito de los cobardes: matarle.

Era también sábado. Jesús enseñaba en la sinagoga. "Había allí un hombre, cuya mano derecha estaba paralítica. Los doctores y fariseos preguntaban a Jesús: *¿Es lícito curar en sábado?* Y estaban acechando a ver si curaba en sábado, a fin de tener un pretexto para acusarle. *Jesús penetraba sus pensamientos, y dijo al hombre de la mano paralítica:*

Levántate y ponte en medio. Aquel se levantó y se puso en medio.

Díceles Jesús: Tengo que haceros una pregunta: ¿Es lícito en sábado hacer bien, o no; salvar una vida, o no? Ellos callaban. Y como autorizaban en día de sábado socorrer a un animal en peligro, volvió a confundirlos con otra pregunta: *—¿Quién hay entre vosotros que si tiene una oveja, y ésta se le cae en una hoya, no le echa la mano para sacarla? ¿Es que un hombre no vale más que una oveja?* Luego es lícito hacer bien en sábado.

Ellos continuaban silenciosos, saboreando la hiel del fracaso. Contristado por aquella ceguera tan obstinada, el Salvador los envolvió en una mirada de indignación. Volvióse al enfermo, que permanecía en pie, y le ordenó: *—Extiende tu mano. La extendió él. Y al punto quedó la mano sana como la otra.*

Abochornados y furiosos, los fariseos salieron de allí más irritados que nunca. Su odio los llevó a buscar un apoyo en los herodianos. Reunidos unos y otros en conferencia, combinaban planes para perder al Maestro...

VIII.—Elige a sus embajadores y anuncia su programa

Jesús sabe que ha de morir sin haber salido apenas de Palestina, y sabe que su Mensaje está destinado a todo el mundo. Ya que El no ha de llevarlo personalmente, elige a doce hombres que lo llevarán, siendo testigos suyos en Judea, en Samaria... y, en los últimos confines de la tierra.

Elegidos ya los doce, "a los que llamó apóstoles", "vino Jesús a un campo, juntamente con sus discípulos y un gran gentío de toda la Judea y de Jerusalén, y del país marítimo de Tiro y de Sidón, que habían venido a oírle y a ser curados de sus dolencias. Asimismo, los molestados de los espíritus inmundos eran curados. Y todo el mundo procuraba tocarle, porque salía de El una virtud que daba la salud a todos". Más Jesús viendo todo

este gentío se subió a un monte, y allí les anuncia su programa maravilloso, que dignifica a los pobres y a los ricos y a todos los trabajadores del mundo.

"Bienaventurados los pobres de espíritu", dice Jesús al empezar. Pobres de espíritu son los que tienen su corazón despegado de los bienes de la tierra... Bienaventurados los que lloran, los que tienen hambre y sed de justicia... los limpios de corazón... los misericordiosos... El deber de los elegidos es ser sal de la tierra y luz del mundo... *Amad a vuestros enemigos, devolved bien por mal... Orad por los que os persiguen y calumnian...* no oréis con ostentación, ni hagáis limosnas, ni ayunéis por ser vistos de los hombres, sino en secreto, porque Dios que lo ve todo os recompensará. *Orad de esta manera: Padre nuestro que estás en los cielos...* Perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdónamos... No todo el que dice Señor, Señor, entrará en el Reino de los Cielos, sino el que cumple los Mandamientos. Es necesaria la fe, pero ésta ha de ir acompañada de las buenas obras...

Así continuó Jesús exponiendo su doctrina, y predicando más tarde las bellas parábolas del sembrador..., y todas las del Reino de los Cielos. Sigue pasando por caminos y pueblos haciendo bien a todos, y obrando otros muchos milagros, como el de la resurrección de la hija de Jairo, el príncipe de la sinagoga de Cafarnaúm... y el de la multiplicación de los panes para alimentar las multitudes que le si-

guieron hasta el desierto, donde no tenían qué comer. Para que no desfallecieran en el camino de esta vida, les ofrece el pan material, y para que no desfallezcan en el camino que conduce a la vida eterna, les promete el pan de la Eucaristía, el pan bajado del Cielo, el pan que da la vida: darse El mismo en alimento. Ante tantos prodigios, las multitudes decían: *"Verdaderamente éste es el Profeta, que tiene que venir al mundo"*.

IX.—Se recrudece el odio contra Jesús

Iba a empezar El el tercer año de su vida pública. Sostenidos por su odio, los fariseos no se desanimaban nunca. Con creciente contumacia rondaban en torno del Salvador, sin entender el gran enigma de su enseñanza y de su misión. Rebatidos y confundidos por El, seguían empeñados en atenuar el valor de los milagrosos testimonios que daba de su propia divinidad.

Cierto día se reunieron muchos de ellos, y con aparente sinceridad pedían al Maestro que les hiciese ver algún prodigio del Cielo, algo extraordinario, inmaterial, puramente celeste. Y esto lo hacían para tentarle.

Jesús los reprende porque tenían ya muchas pruebas para creer en su divinidad, más los ciegos

maestros de Israel demandaban otras. Por esta causa, "exhalando un suspiro, dijo: ¿Por qué pedirá un prodigio esta generación mala y adúltera? *Yo os digo en verdad que a esta generación no se le dará otro prodigio que el del profeta Jonás".* El milagro de Jonás representa la muerte y la resurrección de Jesucristo. Jonás estuvo tres días en el vientre de un gran pez, y salió vivo. Jesús estará tres días en el sepulcro y resucitará. ¿Permanecerán incrédulos todavía?

Jesús, dejando aquellos jefes sensuales y soberbios del pueblo que no quieren creer, se embarca de nuevo con sus apóstoles para ir a la ribera opuesta, y mientras tanto les dice que se guarden del fermento de los fariseos, esto es, de su hipocresía... Son lobos voraces revestidos con piel de oveja. Aparecen con capa de mansedumbre y dentro llevan el veneno del mal que quieren infiltrar en los demás para corromperlos. A estos fariseos que seguían tradiciones humanas para traspasar los Mandatos de Dios, les dijo Jesús:

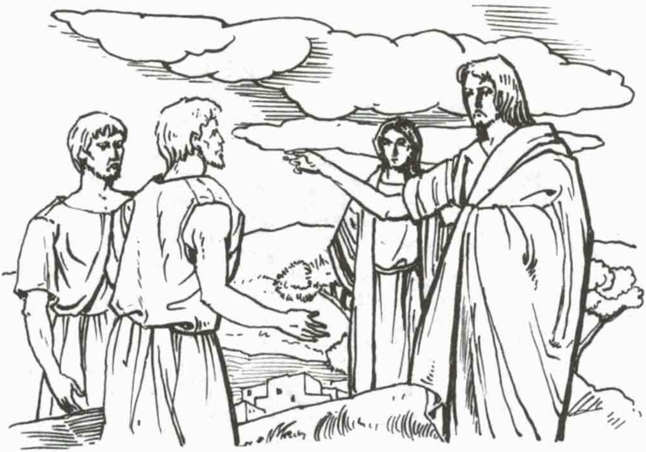
"¡Hipócritas! Con razón profetizó de vosotros Isaías diciendo: *"Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí. En vano me honran enseñando doctrinas y mandamientos de hombres"* (Mt. 15,8)

A sus discípulos les dijo después: *Dejadlos; ellos son ciegos que guían a otros ciegos. Y si un ciego guía a otro ciego, entrambos caen en la hoya".*

X.—Ideales de Jesús

Los ideales que Jesús proponía tenían una finalidad: encaminar a los hombres a este otro ideal supremo: la salvación del alma.

A todos les hizo ver que el primero y máximo de los Mandamientos era éste: *Amáras al Señor tu Dios, con toda tu mente, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas,* y que el segundo era semejante al primero: *Amarás a tu prójimo como a ti mismo.* "Prójimo es el *próximo,* el que está a tu lado, todo hombre, aunque sea enemigo, si tiene necesidad, se debe socorrer y se le debe mirar con amor. *Amarás a tu prójimo como a ti mismo, pues "lo que queráis que los demás os hagan a vosotros, eso mismo haced vosotros a los demás".* Esta es la Ley y los Profetas, es decir, toda la



perfección se reduce a estos dos Mandamientos, y su cumplimiento es necesario para entrar en la vida eterna.

"Sólo una cosa es necesaria" en esta vida: el gran negocio de la salvación del alma, al cual deben subordinarse todos los negocios de esta vida. "¿De qué le vale al hombre, dijo Jesús, ganar todo el mundo si pierde su alma?" La vida eterna la simboliza en *el denario* que se ofrece como recompensa a todo trabajador por su jornal. El, el obrero de Nazaret, que nos dió ejemplo en el trabajo, nos enseña a trabajar *sobrenaturalmente* en el negocio de nuestra salvación mediante la práctica de los Mandamientos.

¡Qué bella es la parábola del padre de familia

que sale muy de mañana a ajustar trabajadores para su viña, y ajustándolos en un denario por día, llama a unos a las primeras horas, otros a mediodía, otros a las tres de la tarde y otros una hora antes de la puesta del sol! No quiere obreros ociosos... Dios llama a todos a trabajar en el negocio de la salvación, y los llama en todas las edades, en la niñez, en la juventud, en la ancianidad..., a todos quiere dar el denario eterno con más o menos gloria, según

los méritos... a los unos por justicia, y a todos por misericordia.

La vida, el Cielo eterno que promete, enseña a conquistarlo con el desprendimiento.

"Estad alerta, dice, y guardaos de toda avaricia; que la vida del hombre no depende de la abundancia de los bienes que posee". Veamos la bella parábola que propone al hablar contra la ambición de las riquezas:

"Un hombre rico tuvo una extraordinaria cosecha de frutos en su heredad. Y discurría consigo diciendo: ¿Qué haré, que no tengo sitio capaz para encerrar mis granos? Al fin dijo: Haré esto: Derribaré mis graneros, y construiré otros mayores, donde almacenaré todos mis productos y mis bienes. Con lo que diré a mi alma: ¡Oh alma mía! Ya tienes muchos bienes de repuesto para muchos años: descansa, come, bebe, disfruta de la vida. Pero al punto le dijo Dios: ¡Necio! Esta misma noche te arrancarán el alma. Todo lo que has almacenado, ¿para quién será?"

–Pregunta es ésta que impresiona; pregunta que siempre es de actualidad. Esta misma noche pueden arrancarme el alma. Riquezas que amontono, ¿para quién seréis?

XI.–Perpetúa su obra

Cierto día Jesús –después de haber hecho oración– iba con sus discípulos camino de Cesarea de Filipo, ciudad casi del todo pagana. De pronto se vuelve a ellos y les pregunta: –*"¿Quién dicen los hombres que soy Yo?"* Vosotros que andáis mezclados con las gentes, ¿qué opiniones habéis recogido de Mí? Bien lo sabía Jesús, escrutador de los corazones, pero quiere que ellos digan lo que ellos mismos sienten de El.

Le respondieron: Unos dicen que eres Juan Bautista (resucitado), otros creen que eres Elías; otros, que Jeremías o alguno de los profetas...

Y vosotros, ¿quién decís que soy Yo?

Pedro, iluminado repentinamente por una inspiración de lo alto, impulsivo, ardoroso y lleno de fe,

respondió por todos: *TU ERES EL CRISTO, EL HIJO DE DIOS VIVO.* Esto es, Tú, hombre como nosotros, eres el Hijo de Dios. Realidad incomparable. El consolador prometido en el Paraíso a nuestros padres en la tarde tristísima de su pecado; el Príncipe de la paz anunciado por los profetas en los días del dolor y de la penitencia; el Salvador de Israel, esperado siglo tras siglo por los pobres, los heridos, los arrepentidos; el Santo, el Hombre que esconde a Dios en su cuerpo mortal, eres Tú, Tú que estás delante de nosotros.

Entonces, tomando Jesús la palabra, le dice:

–Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque esto no te lo ha revelado la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo te digo que *"TU ERES PEDRO Y SOBRE ESTA PIEDRA (esto significa la palabra original de Pedro, Cefas) EDIFICARE MI IGLESIA, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella":* jamás podrán vencerla; porque Yo estaré contigo y con tus sucesores hasta el fin del mundo. Y a ti te daré las llaves del Reino de los cielos, símbolo de tu poder; y todo lo que atares sobre la tierra, será también atado en los cielos...

Por estas palabras, Jesús comunicó a Pedro su propia potestad, declarándole fundamento firme e inconmovible de la Iglesia, poseedor de las llaves y legislador en nombre de Dios. Contra esta piedra angular se estrellarán todas las herejías y todo los esfuerzos que haga el infierno.

Sucesores de Pedro son los Romanos Pontífices, y sucesores de los apóstoles son los obispos.

Quien se aparte de ellos y de sus enseñanzas, ya no pertenece a la Iglesia inmortal edificada por Cristo, fuera de la cual no hay salvación.

XII.–Doctrina sublime

Bella y sublime aparece ante nosotros la doctrina de Jesús. El es el buen Pastor que da la vida por salvar sus ovejas. Para Pastor tan bueno, es pequeño el redil de Israel. Hay fuera de él muchas ovejas –todos los hombres– que El llamará y hará venir y con ellos formará un redil bajo un solo Pastor Supremo, que es El, y cuya cabeza visible de este rebaño, o sea de su Iglesia, es Pedro, hoy su sucesor Juan Pablo II, el Romano Pontífice.

Jesús es la luz del mundo y el que le sigue no anda en tinieblas. El ilumina las inteligencias con su doctrina, purifica las almas y lleva la paz a todos.

El nos habla de la santidad e indisolubilidad del matrimonio; nos habla de la virginidad como virtud angélica, de su belleza, de su valor, el cual no todos comprenden, sino "a los que ha sido dado de lo alto..." Nos habla de las virtudes teologales..., de su misericordia infinita que "está sobre todas sus obras", a cuyo fin propone las bellas parábolas del dracma, de la oveja perdida, del hijo pródigo...

Expone con claridad los dogmas, instituye los sacramentos, nos dice la verdad sobre el juicio y el infierno, recomendando que todos se esfuercen a entrar por la puerta estrecha, ya que la ancha conduce a la perdición. En todas sus palabras se refleja un deseo grande, el de que todos trabajen para salvarse, y así cuando muestra su predilección por los niños y los coloca en medio de sus oyentes para decirles: Si no os hacéis como este niño (en la inocencia bien conservada o recuperada por la penitencia), no entraréis en el Reino de los cielos... Y lo mismo cuando a algunos jóvenes les invita a la perfección diciéndoles: "Si quieres ser perfecto, vende lo que tienes, dalo a los pobres y sígueme..., Y cuando a los pecadores les predica penitencia y arrepentimiento, no era otra la finalidad que la salvación de las almas.

XIII.—Doctrina triunfadora

La ciencia de Jesús es infinita. Nada le es oculto. Todo está patente a sus ojos, y como conoce los pensamientos e intenciones de sus enemigos, los confunde y triunfa de ellos. Movidos éstos de aquel odio envidioso que los poseía, querían comprometer a Jesús con sus mismas palabras. Y así mientras el pueblo le escuchaba dócil y contento, ellos le están oyendo sólo para ponerle asechanzas. Veamos algunas preguntas capciosas, algunas de las trampas que le arman y que parecían sin salida:

Recordemos primero el hecho de la mujer sorprendida en adulterio. Los fariseos se la presentan ante el pueblo que está hablando a todos, y poniéndola en medio le dicen: "Maestro, esta mujer acaba de ser sorprendida en adulterio. Moisés en la ley nos tiene mandado apedrear a semejantes mujeres.

Tú, ¿qué dices?" Si Jesús dice que se apedree, le acusarían de cruel ante el pueblo, y ante el tribunal romano, que sólo podía pronunciar sentencias de muerte, y si dice que no, le acusarían ante el mismo pueblo de violar la ley de Moisés. Entonces, ¿qué hace el Señor?. Se pone a escribir en tierra, y ¿qué escribiría?, ¿los pecados de los acusadores? El caso es que se endereza el Señor y viendo su aviesa intención les dijo: "El que de vosotros se halle sin pecado tire contra ella la primera piedra". No esperaban semejante respuesta, y estupefactos se fueron retirando uno tras otro comenzando por los más viejos. Jesucristo quedó sólo enfrente de aquella pobre mujer, y El, la suma misericordia, le dijo: ¿Nadie te ha condenado? Ella, sin duda con la cabeza baja y ruborizada, contestó: Nadie, Señor; pues Yo, le dice El, tampoco te condeno: vete en paz y no quieras pecar más. Así dejó confundidos a todos sus adversarios.

Otro hecho similar fue el del tributo, si había que pagarlo al César o no. Si decía que sí, como el pueblo odiaba a los romanos, lo acusarían siempre, y si decía que no, lo denunciarían ante el César. Al ver su mala intención, les dijo: "Hipócritas, ¿por qué me tentáis? ¿De quién es esta imagen o inscripción? Del César, pues, "dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios". Al oirle, se maravillaron de su respuesta. Enmudecieron. No pudieron reprender sus palabras delante del pueblo. Se retiraron.

TERCERA PARTE

PERSECUCION Y MUERTE DEL SALVADOR

I.—¿Qué hacemos que este hombre hace muchos milagros?

Los enemigos de Jesús estaban ansiosos de echarle mano y quitarle la vida. Los ha confundido muchas veces. Sus muchos milagros, por otra parte, eran cada día más notorios, y uno de ellos era el que acababa de hacer: el de la resurrección de Lázaro. ¡Un muerto de cuatro días devuelto a la vida con una palabra! El hecho acaece a las puertas de Jerusalén y es comprobado por numerosos testigos, algunos de ellos enemigos del taumaturgo. El resultado fue que muchos de los judíos creyeron en El, y los fariseos, envidiosos de la gran fama y popularidad de Jesús, congregan al Sanedrín o gran Consejo para tomar una resolución. Se juntaron en casa de Caifás, Sumo Sacerdote y Presidente del Sanedrín, y decían: *¿Qué hacemos?, porque este hombre hace muchos milagros. Si le dejamos así, todos creerán en El, y vendrán los romanos y destruirán nuestra ciudad y nuestra nación".* En sus mismas palabras quedan condenados. Jesús hace muchos milagros; todos creen en El... ¿Qué hacemos?, pues, ¿qué habéis de hacer, sino creer también vosotros en El?

Entre ellos no faltan amigos de Jesús que quieren defenderle y hacen notar su prestigio y lo muy querido que es del pueblo..., pero el Presidente Caifás ataja bruscamente las discusiones que tienen diciéndoles: "Vosotros no sabéis nada ni caeis en la cuenta de que *os conviene que un hombre solo muera por el pueblo, y no que toda la nación perezca"*.

¡Cosas de Dios! Injusta era la sentencia de aquel hombre y perversa su intención. Sin embargo, aquellas mismas palabras se las sugirió el mismo Espíritu Santo, sin violentar la libertad de Caifás y tuvieron un sentido muy diverso del que él quiso darles y sirvieron para anunciar la gran verdad de la Redención del mundo. Desde aquel día resolvieron quitar la vida a Jesús. Pero él se dejará matar cuando llegue *su hora,* antes, no.

II.–Camino de Jerusalén. Entrada triunfal

Llegó el momento de subir a Jerusalén con motivo de la celebración de la Pascua. Jesús emprende decidido el camino. Sabía que al término de él estaba el Calvario; pero cumplía la voluntad de su Eterno Padre, y este pensamiento le infundía aliento sobrehumano. Sus discípulos estaban pasmados. Mas El de propósito les anuncia claramente su Pasión: "He aquí, les dijo, que subimos a Jerusalén y se cumplirán todas las cosas que están escritas acerca del Hijo del hombre... porque será entregado a los príncipes de los sacerdotes y a los escribas y a los ancianos; y éstos le condenarán a muerte; y le entregarán a los gentiles; los cuales le escarnecerán y escupirán, y le azotarán y le quitarán la vida; y El resucitará al tercer día".

Todo está aquí predicho con admirable exactitud: la traición de Judas; la sentencia de muerte dada por el Sanedrín; la entrega a los gentiles; la Pasión propiamente dicha con sus dolores y sus escarnios; la muerte; por fin, la resurrección.

Antes de llegar a Jerusalén, Jesús quiso detenerse en Betania, y al día siguiente, a despecho de los decretos promulgados contra El por sus enemigos, hacer pública ostentación de su poder sobre las almas, entrando triunfalmente en la capital del reino mesiánico, como verdadero rey de los judíos, como verdadero Mesías.

Cuando en Jerusalén se supo que Jesús estaba en Betania, acudió a la aldea gran multitud y le salieron al encuentro con ramos de olivo y palmas, gritando: ¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!" Las gentes todas que salieron a recibirle cuando venía en humilde cabalgadura, como a rey manso y humilde, le dieron ovaciones estruendosas. Sólo una clase de gentes se consumía de envidia en medio del general regocijo: los fariseos. En presencia de aquel espléndido triunfo, ellos se decían recomiéndose de envidia: "*¿Veis como nada adelantamos? ¡Mirad cómo todo el mundo se va en pos de él!*" Algunos hasta se atrevieron a decirle de entre las turbas: "Maestro, reprende a tus discípulos, manda callar a los niños". Pero El les respondió: "*En verdad os digo que, si estos callasen, las mismas piedras darían voces de bendición y de triunfo*".

Advirtamos que en medio de las aclamaciones entusiastas, Jesús, al acercarse a Jerusalén, lloró. A su vista, recuerda las muestras de predilección que Dios había tenido sobre ella, recuerda las ingratitudes de sus paisanos y las ingratitudes nuestras, y a su vez ve las calamidades horrendas que han de sobrevenir sobre Jerusalén, cuyos habitantes quiso cobijar como la gallina a sus polluelos y ellos no quisieron.

III.–Reprobación y anatemas

Los enemigos de Jesús buscan ocasión para perderle, pero sólo le podrán prender cuando El lo permita. Lleva muy clavados en el alma la ingratitud y el castigo que se avecina sobre su pueblo. La obcecación del pueblo de Israel es grande y él será el culpable de su perdición. Los judíos estaban representados en aquellas parábolas de la reprobación, o sea, la maldición de la higuera, en la de las bodas, en la de los viñadores homicidas... En ellas se pone de manifiesto su conducta rebelde y desleal...

¡Qué extraño es que a continuación Jesús, no por espíritu de venganza, sino de justicia y con deseo de prevenir al pueblo sencillo contra los fariseos, lanzase aquellos anatemas: "*¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas!*, que cerráis el Reino de los cielos ante los hombres porque ni entráis vos-

otros, ni dejáis entrar a los que vienen! ¡Ay de vosotros, que limpiáis lo exterior del vaso y del plato, y por dentro lo tenéis lleno de inmundicia! ¡Ay de vosotros, sepulcros blanqueados... hijos de los homicidas de los profetas, colmad la medida de vuestros padres... ¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los enviados a tí!... .

IV.–Confabulaciones. Las fuerzas del alma

Jesús, con su ciencia infinita, ve los planes perversos de aquellos representantes del pueblo judío. Mientras ellos andan buscando cómo darle la muerte, El idea cómo darles la vida. Quiere vencer sus obras de iniquidad con obras de amor. ¡Qué bella es la lección del Mandato que da a sus discípulos...! Su persona visible va a desaparecer de la tierra e ingenia la manera de quedarse con nosotros en nuestros Sagrarios mediante la institución de la Eucaristía, para ser nuestro compañero, nuestro alimento y nuestro sacrificio. Así cumple la promesa que hizo en el segundo año de su vida pública. Aquella noche de la cena predice a sus íntimos todo cuanto

va a suceder, quién le va a entregar y cómo ellos mismos le abandonarán... Mientras tanto, el Sanedrín, todos sus enemigos, todas las fuerzas del mal se confabulan entre sí para deliberar cómo se apoderarán de Jesús para hacerle morir.

Un temor los inquietaba: la multitud. Si se enteraba el pueblo de la prisión del Profeta bueno, podía alborotarse. Era preciso sagacidad y tino para no fracasar. A este fin, acordaron diferir la ejecución de su perverso proyecto hasta pasada la solemnidad de la Pascua; porque decían: *"No conviene que se haga esto cuando la fiesta, no sea que se amotine el pueblo"*. Mas un incidente imprevisto vino a poner la víctima en sus manos. Judas Iscariote, aquel mal apóstol, cegado por su egoísmo, esclavo del mal espíritu, compareció decidido ante los jefes de aquella clase sacerdotal, y les propuso su odiosa traición: *"¿Cuánto queréis darme y yo os lo entrego?"*

Lo oyeron con alegría, le ofrecieron treinta monedas y a la luz del odio y de la codicia se pactó la traición.

V.–Pasión de Jesús

¡Getsemaní! ¡Traición de Judas, negación de Pedro, odio de Caifás, cobardía de Pilato, frivolidad de Herodes...! Todos estos nombres nos traen el recuerdo de la cruel Pasión del Señor.

1) GETSEMANI.–Este huerto es uno de los lugares más santos de la tierra, testigo mudo de la Pasión espiritual de Jesús. Una vez instituída la Eucaristía, se dirige a él para orar. Era ya muy entrada la noche. Se entristece, siente angustias de muerte, suda sangre... Y ¿por qué? El, el Santo, el Inocente, "en el que no cabe pecado", sufre por los pecados de los hombres que tiene que expiar; sufre ante la inminencia de su Pasión cruel que se le representa con todos los detalles de la traición, escarnios,

flagelación, corona de espinas, crucifixión..., y sufre porque muchos se condenarán a pesar de sus sufrimientos...

2) JUDAS ISCARIOTE.–Cuando estaba orando Jesús, Judas, el llamado a ser apóstol, por una pasión no mortificada, se atreve a ir al Huerto al frente de sayones para prenderle. Judas les había dado esta señal: "Aquel a quien yo besare, ese es: prendedle". Y se acercó luego a Jesús y le dijo: "Dios te guarde, Maestro, y le besó". Jesús, aún quiere moverle al arrepentimiento y le dice: "Amigo, ¿a qué has venido? ¿Con un beso entregas al Hijo del hombre?" Y al decirle esto, cuántas inspiraciones, cuántos rayos de luz comunica a su alma...! Pero

a Judas se le endurece el corazón, se aleja de su Maestro y, falto de confianza en su misericordia, se ahorcó y muere sin dar señales de arrepentimiento.

Después del beso de Judas, Jesús sale al encuentro de aquella chusma y les dice: "¿A quién buscáis?" A Jesús Nazareno, le responden. Y al contestarle Jesús: *Yo soy,* aterrados cayeron en tierra, mostrándole así su poder divino y cómo libremente se entregaba..., por lo que bien pudo decirles: "Esta es vuestra hora y la del poder de las tinieblas...

3) ANAS Y CAIFAS.–Le llevan luego a casa de Anás y de ésta a la de Caifás, donde le hacen interrogatorios ilegales. Caifás, la Asamblea del pueblo, los pecadores del mundo se sientan ahora para juzgar al que ha de juzgarles a ellos un día como juez de vivos y muertos.

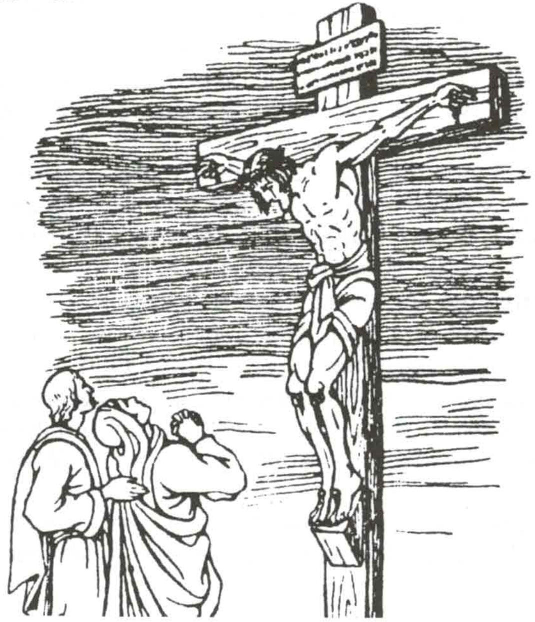
"Te conjuro de parte de Dios vivo que nos digas si tú eres el Cristo, el Hijo de Dios".–Tú lo has dicho, le contestó Jesús: *Yo soy.*–Y Caifás, hombre malvado, en quien domina la pasión y la parcialidad más irritante, dice hipócritamente: Qué necesidad tenemos de testigos, ha blasfemado. Reo es de muerte. Y le condenan porque ha dicho que es Dios. San Juan dice claramente: "Este (Jesucristo) es el verdadero Dios" (Jn. 5,20). Y ¿acaso no lo había demostrado ya con sus muchos milagros...? A continuación le ultrajan, le escupen, le golpean, se burlan... ¡Burlarse de Dios! ¡Cuánta bajeza...!

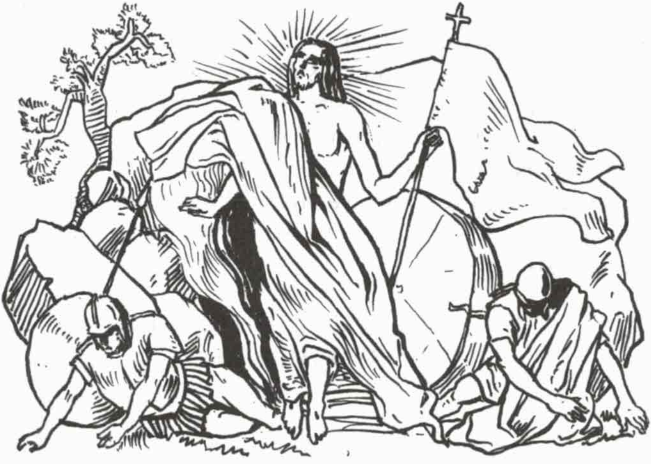
4) PILATO.–Pilato era gobernador romano, modelo de jueces débiles..., ante él conducen a Jesús

para que dicte sentencia de muerte, porque sólo la autoridad romana podía dictarla... Pilato habla con Jesús, lo reconoce inocente, no halla en El causa alguna de condenación..., le oye decir que es Rey, pero que su reino no es de este mundo... Pilatos se conmueve, quiere desentenderse de El, y lo envía a Herodes, porque oye que es de Galilea, mas ante este rey sensual Jesús no habló ni una palabra y Herodes, burlándose de El, lo remite de nuevo a Pilato... Y este cobarde Presidente de los romanos permite que lo azoten, que lo coronen de espinas por complacer a los judíos..., pero éstos no se satisfacen, piden su muerte, y entonces Pilato lo pone en parangón con el asesino Barrabás... para soltar a Jesús, pero el populacho necio sigue gritando y pidiendo que caiga su sangre sobre ellos. Y viendo que ante la turba nada adelantaba y oyendo estas palabras: *"Si no lo crucificas, no eres amigo del César"*, temiendo perder su puesto, se lava en pre-

sencia de todos sus manos, como diciendo que es inocente de su sangre y ante el griterío de la multitud permite que cargue con la cruz del suplicio hasta el Calvario o Gólgota, donde es crucificado.

¡Gran misterio! Es Dios y se deja crucificar para cumplir su misión de salvar al mundo, ya que *"sin efusión de sangre no podía haber Redención"*... Sufre, pues, como dice el profeta, *"porque quiso..."* Su Pasión fue cruel e ignominiosa, los innumerables pecados de los hombres la motivaron. Así expía Dios nuestros pecados de orgullo, de impureza, de vanidad... Así amó Dios al mundo.





VI.–Triunfo de Jesús

Cristo murió por nuestros pecados y resucitó para nuestra justificación (Rom. 4,25; 1 Cor. 15).

A los tormentos de la cruz y de las tinieblas del sepulcro, sucede la gloria y los fulgores de la resurrección. Los enemigos de Jesús recordaron, el día de su crucifixión y muerte, estas palabras suyas: *"Me darán muerte, pero al tercer día resucitaré"*. Entonces mandan lacrar el sepulcro y poner guardia, por si acaso... Y, ¿qué sucede? Que su profecía se cumple, y al tercer día resucita "para nunca más morir", y un ángel del Cielo graba sobre su sepulcro este epitafio: RESUCITO, NO ESTA AQUI.

Cristo resucitado, venció el pecado, el dolor, la muerte. Cristo resucitado triunfó de sus enemigos. ¡Qué seguros estaban estos de que acababan con El al verle expirar en una cruz! Pero se equivocaron, los sectarios blasfemaron, como hoy lo hacen tantos impíos... pero murieron, pasaron.

Jesús, el Obrero de Nazaret, el de sublimes ideales, sobrevive, sigue viviendo a través de los siglos y de la historia.

CRISTO VENCE, CRISTO REINA
CRISTO IMPERA

VII.–Ascensión del Señor al Cielo

Con palabras de la Biblia terminaremos el relato de la Vida de Jesucristo.

El que descendió es el mismo que ascendió sobre todos los cielos para llenarlo todo (Ef., 4,10)

En el monte de los Olivos dijo Jesús a sus apóstoles: Recibiréis, sí, la virtud del Espíritu Santo, que descenderá sobre vosotros, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaría y hasta los confines de la tierra. Y dicho esto, se fue elevando a vista de ellos y una nube le encubrió a sus ojos.

Y como mirasen atentamente al Cielo mientras El se iba, he aquí que aparecieron cerca de ellos

dos ángeles en forma humana, con vestiduras blancas, los cuales les dijeron: "Varones de Galilea, ¿a qué seguís mirando al Cielo? Este Jesús, que separándose de vosotros se ha subido al Cielo, vendrá de la misma suerte que le acabáis de ver subir allá" (Hch., 1, 8-11).

Buscad las cosas que son de arriba, donde Cristo está sentado a la diestra de Dios Padre (Col., 3, 1), en donde asimismo intercede por nosotros (Rom., 8, 34).

VIII.–Ultima venida de Jesucristo

Al fin de los tiempos aparecerá en el Cielo la señal del Hijo del hombre, y todas las tribus de la tierra golpearán sus pechos, y verán al Hijo del hombre venir sobre las nubes del cielo con gran poder y gloria a *juzgar al mundo.* Y enviará a sus ángeles con poderosa trompeta, y reunirán de los cuatro vientos a los elegidos, desde el uno a otro extremo u horizonte del cielo (Mt., 24, 29-31).

IX.–Obremos el bien y estemos preparados

Dios ha de pagar a cada uno según sus obras, dando la vida eterna a los que, por medio de la perseverancia en las buenas obras, aspiran a la gloria (Rom. 2, 7).

Cada uno de nosotros ha de dar cuenta a Dios de sí mismo (Rom. 14, 12).

Lo que sucedió en los días de Noé, eso mismo sucederá en la venida del Hijo del hombre. Porque así como en los días anteriores al diluvio proseguían los hombres comiendo y bebiendo, casándose y casando a sus hijos, hasta el día mismo de la entrada de Noé en el arca, y no pensaron jamás en el diluvio hasta que lo vieron comenzado y los arrebató a todos; así sucederá en la venida del Hijo del hombre...

Velad, pues, vosotros, ya que no sabéis a qué hora ha de venir vuestro Señor; estad ciertos, que si un padre de familia supiera a qué hora le había de asaltar el ladrón, estaría seguramente en vela y no dejaría minar su casa.

Pues asimismo estad vosotros igualmente apercibidos, porque a la hora que menos penséis, ha de venir el Hijo del hombre (Mt., 24, 37-44).

Esta incertidumbre de nuestra suerte nos debería tener constantemente ocupados en el negocio de nuestra salvación, único esencial en este mundo.

X.—Ultimas recomendaciones de Jesucristo

A mí se me ha dado todo poder en el Cielo y en la tierra; id, pues, e instruid a todas las naciones *en el camino de la salvación,* bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándolas a observar todas las cosas que yo os he mandado.

Y estad ciertos que Yo estaré continuamente con vosotros hasta la consumación de los siglos (Mt., 28, 18-20)

Id por todo el mundo; predicad el Evangelio a todas las criaturas. El que creyere *cuanto os he enseñado,* y se bautizare, se salvará; pero el que no creyere, se condenará (Mc., 16, 16-18).

Al rey de los siglos inmortal, invisible, al solo y único Dios, sea dada la honra y la gloria por siempre jamás. Amén. (1 Tim. 1, 17).

APENDICE

I.–Jesucristo el libertador de los hombres

Algunos desfiguran la imagen de Cristo al presentarlo como un gran lider que luchó por la prosperidad material en este mundo de los pobres y oprimidos, limitándose en su actuación a los estrechos límites del tiempo. Otros lo presentan como luchador contra la dominación romana o "como político revolucionario, como el subversivo de Nazaret"; mas, según advierte el Papa, esta concepción de Cristo no se compagina con la catequesis de la Iglesia.

Jesucristo es el verdadero libertador de los hombres, porque El es su verdadero Redentor, pues *"vino a este mundo a salvar a los pecadores"* (1 Tim. 1,15), *"para que todos tuvieran vida"*, la vida sobrenatural de la gracia (Jn. 10,10). El fue *"el que se entregó a Sí mismo por la redención de todos"* (1 Tm. 2,6), y *"por El recibimos la reconciliación"* (Rom. 5)

Juan Pablo II, al hablar de la violación de los derechos humanos, tales como el derecho a nacer, el derecho a la vida, a la procreación responsable, al trabajo, a la religión, a la paz, a la libertad y a la justicia social, dijo, citando además palabras de la *"Evangelii nuntiandi"*, que era necesario tener una recta concepción cristiana de la liberación, y que la Iglesia tiene el deber de anunciar la liberación de millones de seres humanos..., el deber de ayudar a que nazca esta liberación; pero siente también el deber correspondiente de proclamar la liberación en su sentido integral, profundo, como lo anunció y realizó Jesús, "liberación de todo lo que oprime al hombre, pero que es, sobre todo, liberación del pecado y del maligno, dentro de la alegría de conocer a Dios y de ser conocido por El", "liberación hecha de reconciliación y perdón, liberación que arranca de la realidad de ser hijos de Dios, a quien somos capaces de llamar *¡Abba!*, ¡Padre! (Rom. 8,15) y por la cual reconocemos en todo hombre a nuestro hermano, capaz de ser transformado en su corazón por la misericordia de Dios..."

La *liberación* no hay que entenderla en sentido puramente temporal, sino ante todo espiritual, es decir, liberación del pecado y de la miseria espiritual, y como consecuencia puede venir la temporal.

En este mundo no se podrá eliminar la pobreza ni el sufrimiento, aunque puedan ser aliviados, pues **Jesucristo no vino a liberarnos de la pobreza, sino a enseñarnos a amarla y a vivirla.**

II.—¿Qué decir del dolor?

Si Dios es tan bueno ¿por qué permite que suframos? ¿Cuál es el origen del mal? La Escritura Santa dice que todas las cosas creadas o salidas de la mano de Dios *eran en gran manera buenas"* (Gn. 1,31) Por consiguiente, el origen del mal, la malicia o pecado existente en el mundo y del cual nacen todos los males, no procede del Creador, sino del abuso de la libertad del hombre.

La Biblia también nos dice: "No digas; Mi pecado viene de Dios, que no hace El lo que detesta. Dios lo dejó en manos de su libre albedrío. A ninguno manda obrar impíamente, a ninguno da permiso para pecar" (Eclo. 15,11 y 25)

La misma Biblia nos da la solución a este problema, al decirnos que por Adán, el primer hombre, entró el pecado en el mundo y con el pecado el dolor, el sufrimiento y la muerte (Gen. 2,17;3,17-18)

El origen, pues, del mal y de todos los sufrimientos: hambre, pestes, guerras, muerte..., son debidos al primer pecado... y a los pecados personales de los hombres (1).

(1) Pero muy útiles para vosotros. Véase el librito titulado "La locura de la Cruz" del Apostolado Mariano.

El sufrimiento es inevitable en este mundo. Sufren los pobres, los ricos y sufrimos todos. ¿Por qué sufrimos? ¿Por qué sufren las almas inocentes?

"La filosofía de la cruz es difícil de entender..., Dios no nos manda el dolor por el gusto de vernos sufrir. Podía habernos creado en el cielo donde no hay dolor, ni pecados, ni infierno. ¿Por qué no lo hizo así? El sabe más que nosotros. Luego debemos fiarnos de El. El caso es que al hacerse El hombre sufrió mucho en este mundo. Luego algo grande pretende con el sufrimiento" (Gar-Mar)

Conforme a la Biblia vemos que Dios permite el dolor por estos fines: ya *por causa de nuestros pecados,* y así poderlos expiar; ya *para probar nuestra fidelidad,* así en la desgracia como en la dicha. "El horno prueba los vasos del alfarero, y a los hombres justos la tribulación" (Eclo. 27,6); ya *para despegarnos de este mundo* de destierro, o sea, de los bienes terrenos y obligarnos a pensar más en el cielo, nuestra verdadera Patria pues "*por muchas tribulaciones hemos de entrar en el reino de los cielos*" (Hech. 14,21).

Tengamos presente que Jesucristo llama "bienaventurados" a los que sufren y a los que padecen persecución por la justicia... y los que sepan sufrir tendrán una gran recompensa en el cielo (Mt. 5, 11-12) (Véase mi libro: "Lágrimas de Oro" o problema del dolor).

III.–Errores modernos

No faltan doctrinas opuestas a la de Jesucristo, que podemos ver en su Evangelio.

Hoy aparecen varias teologías, las llamadas: *"teología humanista"* y la de la *"muerte de Dios"* o más bien *"sin Dios"* (lo que es un contrasentido, porque "teología" significa "tratado de Dios"). Estas son unas teologías falsificadas, porque en vez de referirse a Dios, pretenden desplazarlo, pues dicen que "Dios no entra directamente en el horizonte del hombre" y así tienden a la desacralización del mundo actual, y de esta desacralización hacen un fin: el servicio al prójimo en sentido humanista... y hasta llegan a darle a la liturgia un sentido antropocéntrico en vez de teocéntrico.

Estos movimientos que parten del modernismo y el liberalismo, son contrarios a las enseñanzas de Cristo en su Evangelio. Son las ideas de los llamados "nuevos teólogos", llegando alguno de ellos a concebir "el cristianismo sin Dios" (Niche), y no faltan quienes hablan de "Dios como el fundamento del ser" (Robinson) y no quieren se hable de Dios como primera causa de la creación. Así hacen que Dios vaya muriendo en las leyes y en la moral. Son verdaderamente ciegos y "guías de ciegos". ¿Quién no ve que la creación entera nos habla de Dios? El profeta Isaías nos dice: *"Alzad a los cielos vuestros ojos y mirad, ¿quién los creó?"* (Is. 40,26) y nos veremos precisados a decir con San Pablo: *"Toda casa ha sido fabricada por alguno, pero el Hacedor de todas las cosas es Dios"* (Heb. 3,4) Véase "A Dios por la Ciencia". Apostolado Mariano.

IV.—Aclaración de conceptos

La teología del hombre o "humanista" parte de este principio: "donde hay amor humano allí hay cristianismo, aunque no se sepa", y así el pagano, el marxista... *son cristianos anónimos.*

Aquí "late la víbora bajo la hierba". Estos son errores manifiestos, y a las cosas hay que llamarlas por su nombre. "Marxismo y cristianismo" no pueden ir juntos, son incompatibles, y ¿por qué? Sencillamente, porque el marxismo es ateo (Véase mi libro *"Marxismo o Cristianismo").*

Pio XI hizo esta afirmación tajante (y la han repetido todos los Papas): "El comunismo es intrínsecamente perverso. Es enemigo abierto de la Santa Iglesia y del mismo Dios" (19-3-1937)

El marxismo niega la existencia de Dios, y dice que la única realidad existente es la materia. "La base filosófica del marxismo es el materialismo dialéctico..., materialismo indiscutiblemente ateo y resueltamente hostil a toda religión" (Lenin).

El marxismo niega a Dios, y para él no hay religión alguna.

Basta leer el Evangelio para ver que la doctrina de Cristo es opuesta al marxismo, pues Cristo inculca a cada paso el cumplimiento de los mandamientos de la Ley de Dios, y dice: *"Amarás al Señor tu Dios con toda tu alma..."* Nos manda confiar en la providencia de Dios, y nos enseña a llamarlo "Padre", pues debéis rezar así: *"PADRE NUESTRO que estás en los cielos..."*; y al querer que le llamemos **Padre nuestro,** quiere que nos amemos todos como hermanos y nos consideremos todos como hijos del mismo Padre Dios.

V.—Condiciones para seguir a Jesús

El seguimiento de Jesús exige estas condiciones: desprendimiento, abnegación y pobreza voluntarias.

Jesús se presenta como nuestro modelo con su vida de pobreza, mortificación y caridad... y por eso no dice a sus discípulos o seguidores que lleven una vida muelle y cómoda, sino que le imiten llevando su cruz, negándose a sí mismos, renunciando a todo lo que tienen.

Cristo, que *"padeció por nosotros"* (1 Ped. 2,21), nos dice: *"Quien no carga con su cruz y me sigue, no puede ser mi discípulo"* (Lc. 14,27).

"Si quieres ser perfecto, vende cuanto tienes y dalo a los pobres... y sígueme" (Mt. 19,21)

"No queráis amontonar tesoros para vosotros en la tierra, donde el orín y la polilla los consume y donde los ladrones los desentierran y roban; atesorad más bien para vosotros tesoros en el cielo...

"Buscad primero el reino de Dios y su justicia y todo lo demás se os dará por añadidura" (Mt. 6, 19-34).

Mas ¡cuántos van tras las añadiduras, y se quedan sin éstas y sin lo principal, o sea, sin el reino de Dios!

"Guardaos de toda avaricia, pues la vida del hombre –su felicidad– no depende de la abundancia de los bienes que él posee" (Lc. 12,15). Por eso San Pablo nos dice: "Hermanos, el tiempo es corto –la vida es muy breve, estamos de paso–. Sólo queda que los que tienen mujer vivan como si no la tuvieran; los que lloran como si no llorasen; los que se alegran como si no se alegrasen; los que compran como si no poseyesen, y los que disfrutan del mundo, como si no disfrutasen; porque pasa la apariencia de este mundo" (1 Cor, 7). El cielo se compra con el desprendimiento.

¿Qué os parece a vosotros de Cristo?

A la intelectualidad del pueblo judío les hizo el mismo Jesús esta pregunta, y no supieron qué responderle. Y si hoy preguntásemos a muchos cristianos: Quién es Jesucristo, ¿sabrían todos responder?

Sabemos ya que es lo que El dijo de sí mismo y cómo demostró que era Dios. Veamos ahora lo que otros han dicho de Jesucristo:

"*San Pedro* dijo: "Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo". "Retírate de mí, que soy hombre pecador".

Judas: "He vendido la sangre inocente".

Pilato: "Yo no hallo delito alguno en este hombre".

El buen ladrón: Este, ningún mal ha hecho, nosotros justamente padecemos por nuestros pecados".

El Centurión: "Verdaderamente éste era el Hijo de Dios".

Todos lo reconocían al decir: "Pasó haciendo bien por todas partes".

Sus oyentes decían: "Jamás hombre alguno ha hablado como este hombre".

Las masas: "Todo el mundo se va en pos de El". "Cuando venga el Mesías, ¿podrá hacer tantos milagros?"

"Y habitó entre nosotros... lleno de gracia y de verdad... de su plenitud todos participamos".

"Verdad es cierta y digna de todo acatamiento que Jesucristo vino a este mundo para salvar a los pecadores".

¡Oh! Si todos estudiaran y conocieran a Jesucristo, todos se arrojarían a sus pies para aclamarle y bendecirle. ¡Qué pena da ver a la juventud de nuestros días imbuída en la lectura de novelas y de tantos libros profanos e insulsos..., y no tienen tiempo para leer los Evangelios, la más hermosa biografía que se ha escrito: la vida de Jesucristo! ¡Y se llaman cristianos!

Estudiemos, meditemos, amemos a Jesucristo.

"JESUCRISTO, EL MISMO QUE AYER, ES HOY: Y LO SERA POR LOS SIGLOS DE LOS SIGLOS".

LA AUTENTICA VIDA DE CRISTO

Este pequeño libro que tienes en tus manos no es más que un insignificante resumen de la verdadera Vida de Jesucristo, que son los Evangelios.

El mejor libro del mundo es sin duda la Santa Biblia, pero la médula y el corazón de la Biblia son LOS SANTOS EVANGELIOS, y a su lado palidecen todos los libros del mundo. Ellos, como dice el Concilio Vaticano II, "narran fielmente lo que Jesús, el Hijo de Dios, viviendo entre los hombres, hizo y enseñó realmente hasta el día de la Ascensión" y son la auténtica palabra de Dios.

Un día, al terminar de hablar Jesús a las gentes, levantó la voz una mujer de entre la muchedumbre, y dijo: "Bienaventurado el vientre que te llevó y los pechos que te alimentaron", y El contestó: "MAS BIEN; BIENAVENTURADOS SON LOS QUE OYEN LA PALABRA DE DIOS Y LA CUMPLEN" (Lc. 11,27-28)

Leer los Evangelios es escuchar la palabra de Dios.

Para ser buen cristiano es menester leer y estudiar los Evangelios; y si tu te precias de serlo y no los tienes, adquiérelos por ser un libro imprescindible.

He aquí la consigna de Pío XII: "Ningún hogar sin los Santos Evangelios".

INDICE

A modo de prólogo 5

Primera parte.–Infancia y vida oculta del obrero de Nazaret.

I.–La biografía del que había de venir 9
II.–Los videntes 10
III.–Todos le esperaban 12
IV.–Su maravillosa aparición 15
V.–La Madre de Dios 17
VI.–Madre de Dios 19
VII.–El Carpintero de Nazaret 22
VIII.–Camino de Belén 24
IX.–Un establo 25
X.–Aquel niño es adorado 28
XI.–Aquel niño es perseguido 33
XII.–Nazaret 35
XIII.–El obrero de Nazaret 38

Segunda parte.–Vida pública del Salvador.

I.–El último de los profetas 41
II.–Inicia su vida pública 44
III.–Sus viajes apostólicos 47
IV.–Camina a Cafarnaúm 50
V.–Regresa a Nazaret 55
VI.–El obrero taumaturgo y sus enemigos 58
VII.–La bondad de Jesús y el odio contra El 63
VIII.–Elige a sus embajadores y anuncia su programa . 67

IX.—Se recrudece el odio contra Jesús 70
X.—Ideales de Jesús 72
XI.—Perpetúa su obra 76
XII.—Doctrina sublime 79
XIII.—Doctrina triunfadora 81

Tercera parte.—Persecución y muerte del Salvador.

I.—¿Qué hacemos que este hombre hace muchos milagros? 83
II.—Camino de Jerusalen. Entrada triunfal 85
III.—Reprogación y anatemas 88
IV.—Confabulaciones. Las fuerzas del alma 90
V.—Pasión de Jesús 92
VI.—Triunfo de Jesús 97
VII.—Ascensión del Señor al cielo 99
VIII.—Ultima venida de Jesucristo 100
IX.—Obremos el bien y estemos preparados 101
X.—Ultimas recomendaciones de Jesucristo 102

Apéndice.

I.—Jesucristo el libertador de los hombres 103
II.—¿Qué decir del dolor? 105
III.—Errores modernos 107
IV.—Aclaración de conceptos 109
V.—Condiciones para seguir a Jesús 111

¿Qué os parece a vosotros de Cristo? 113
La auténtica vida de Cristo 115